

24 de Abril de 1932

¿Por qué nos causa aflicción de nuestros deudos la ausencia, cuando de una rica herencia van a tomar posesión?



LA HOJA PARROQUIAL



SANTA MARIA LA REAL DE LA CORTE.—OVIEDO

Domingo IV después de Pascua

«Jesús dijo a sus discípulos: Yo voy a aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿a dónde vas? Antes, porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza. Sin embargo, yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; ¡porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador; mas si me fuere, os le enviaré. etc.» (Joan., XVI, 5-14).

Los discípulos estaban tristes, porque el Maestro se iba a ausentar de su presencia. Es muy natural, y ello demuestra el afecto que le tenían; pero Jesús trata de consolarlos, y para ello les da razones muy convincentes: así conviene por el bien de El y por el de ellos mismos.

No habéis de mirar sólo que me ausento les dice, habéis de considerar a dónde voy. Porque me voy al Padre; es decir, voy a gozar de la inmensa felicidad que me espera allá en el cielo, después de tantas fatigas sufridas en la tierra. Y esto debe ser para vosotros motivo de alegría, si me amais de veras; no ha de ser vuestro cariño egoísta.

Pero además también os conviene a vosotros; porque, si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador, el Espíritu de verdad que os ha de instruir y fortalecer para cumplir vuestra misión; mas yéndome yo, os le enviaré.

Parecidas reflexiones nos hemos de hacer los cristianos cuando alguno de nuestros seres queridos nos va a dejar saliendo de este mundo. También nos solemos entristecer, como los discípulos de Jesús. Y esto es muy natural: pero en lugar de abandonarnos a la tristeza, hemos de pensar seriamente: ¿A dónde camina este ser querido? ¿Irá como Cristo, a engolfarse de felicidad en el seno del Padre celestial, o irá a padecer eternamente en compañía de los demonios?

Esta incertidumbre es la que nos ha de preocupar, más que el perder temporalmente

su presencia; y por eso hemos de poner todos los medios para que su suerte sea la de Cristo, procurando que reciba los Santos Sacramentos y demás auxilios de la Religión.

Y si esto conseguimos, si podemos tener la certeza moral de que va a gozar de Dios ¿no tenemos más motivos para alegrarnos que para entregarnos a la tristeza y llanto?

Tanto más, cuanto que tal vez convenga para nosotros esta partida; porque irá a rogar por nosotros y mandarnos desde el cielo las gracias del Divino Espíritu que nos santifiquen, para un día juntarnos con él en aquella bienaventuranza.

Por los primeros viernes

Jubilosa se hallaba aquel día la pequeña aldea de Vinquer, en el país moscovita. Se había celebrado la primera Comunión de los niños, y los padres de los mimos, y casi todos los fieles, los habían acompañado en acto tan solemne; por lo que en los rostros de todos aparecía la alegría que proporciona siempre a las almas la tranquilidad de conciencia.

Su párroco, el P. Bonine, los felicitó por haber correspondido tan bien a su llamamiento; pero un nuevo favor os voy a pedir, añadió: Veo cernerse sobre nuestra pobre patria ciertos nubarrones muy oscuros, que no pueden menos de presagiar una gran tempestad. ¡Quien me diera poder ponerlos a todos a cubierto de la misma! Cuando menos me habéis de prometer que habéis de mandar a estos vuestros hijos que acaban de recibir por vez primera a Jesús Sacramentado, a que le reciban durante los nueve primeros viernes consecutivos. Tiene esta práctica la solemne e incomparable promesa de Cristo de que los que la cumplan no morirán en su desgracia ni sin recibir los Sacramentos. ¡Quién sabe a dónde

llevarán a estos inocentes niños los azares de la vida! ¿Me prometéis esto que os he pedido?

—¡Sí, padre! contestaron todos, niños y mayores.

El pequeño Koni era uno de los que por vez primera recibieron el pan de los Angeles.

Cuando llegó el primer viernes, le dijo su madre: —Vamos, hijo mío, vamos a hacer los primeros viernes, como tanto nos lo encargó el P. Bonine. Ya sabes qué bueno es y cuánto quiere a los niños, y ya oíste lo que decía de no sé qué tiempos malos que se avecinan. Hijo mío, antes quisiera verte muerto que apartado de la Religión y muriendo como los perros, como muchos desgraciados.

Y Koni hizo los primeros viernes con el mayor fervor, pidiendo muy de veras a Jesucristo que le hiciese participante de su gran promesa.

Poco tiempo después, Dios llevó para sí a su buena madre, y Koni, que mientras ella vivió siguió frecuentando los Sacramentos y yendo a misa todos los días, apenas volvió a asomar a la iglesia. Bastaba para ello el ejemplo de su padre, que vivía en la mayor indiferencia. Con la falta de práctica fué debilitándose también su fe, hasta que llegó a quedarse ésta completamente adormecida.

Siendo ya mayor, se fué a la ciudad, y allí, juntándose con perversas compañías, acabó de pervertirse, sin que pudiera ya su padre retraerle del mal, cuando vió que iba más allá de lo que él quisiera.

Tendría ya Koni unos 30 años cuando estalló en Rusia la revolución. Para entonces había aprovechado tanto en maldad, que se hizo jefe de un grupo revolucionario.

La quema de conventos estaba a la orden del día, y Koni, al frente de su grupo, quemó no pocos.

En uno de ellos, después de prenderle fuego y maltratar bárbaramente a los frailes, estaban registrándole minuciosamente a ver si encontraban las riquezas que allí se decía que había, y, sin que de ello se percataran, llegó a desplomarse parte del edificio y cayó sobre ellos.

Acudió presurosamente el auxilio y se pudo sacar con vida a algunos, que fueron llevados al hospital, a donde también había sido llevado un fraile de los maltratados, un pobre anciano que encontraron tendido en el suelo.

Las heridas sufridas por Koni eran de mucha gravedad. Al principio había perdido el sentido, pero fué poco a poco recobrándole, y entonces empezó a reflexionar sobre su vida, y vinieron también a su mente los recuerdos de la infancia, de su buena madre, del bueno del P. Bonine, del gusto que él sentía cuando

hizo la primera comunión, del fervor con que hizo los primeros viernes...

Y aquella fe que parecía completamente ahogada por las pasiones, empezó a revivir. ¡Qué felices y tranquilos aquellos tiempos!, pensaba él; pero pasaron para no volver.

Mientras tanta las heridas, lejos de curar, iban cada vez a peor. El médico llegó a perder toda esperanza, y en los gestos que hacía lo comprendió Koni. Entonces empezaron a renacer en él los temores y los remordimientos por sus extravíos. ¡Si tuviera un confesor!... Pero no; ¿qué dirían sus compañeros? Y además ¿dónde se había de encontrar un confesor, si a todos los habían ahuyentado?

Un anciano, convaleciente, se acercó a la cama de Koni y con voz dulce le dijo:

—Parece, hermano mío, que sufre usted mucho.

—Bastante: pero felizmente se va a acabar pronto.

—Cuando Dios quiera, hermano; El es el dueño de la vida y de la muerte, y a nosotros nos toca conformarnos con su voluntad.

Ofrézcale los sufrimientos para que le perdone por ellos sus pecados y no le castigue en la otra vida.

—¡Dios... perdón de los pecados... otra vida...! ¿Hay todavía qui n crea en esas cosas?

—¡Sí!; hay quien crea. Y extraño será que usted no sea uno de ellos. Cuando se tiene salud y bienestar pretende uno olvidarlas para entregarse a sus gustos, más cuando oprime la desgracia y sobre todo, cuando uno se ve acercar a ese terrible caos de ultratumba...

Koni se iba sintiendo cada vez más afectado, pues su interlocutor parecía estar leyendo en su interior. Además se iba fijando en él, y aquella cara le parecía conocida. Me va usted a permitir una pregunta, le dice interrumpiéndole:

—¿Podrá decirme quién es usted?

—No tengo inconveniente: Soy un fraile del convento de N, que hace pocos días quemaron las turbas. Se me figura haber visto a usted entre ellas, pero no se apure, yo le perdono, y Dios también le perdonará, si se arrepiente debidamente.

—Pero dígame: ¿Hace mucho que estaba usted en ese convento?

—Hará unos dos años. Antes estaba de párroco en una pequeña aldea, y me retiré a ese convento para prepararme a bien morir.

—¿Y cómo se llamaba la aldea en que estaba usted de párroco?

—Vinquer.

—¡P. Bonine! Perdóneme, soy un monstruo, pero aún confío en que Dios me ha de perdonar por medio de usted.

Y tendió sus manos para abrazarle, derramando al mismo tiempo copiosas lágrimas. Cuando la emoción se lo permitió, le contó toda su vida e hizo una confesión sincera y dolorosa.

Al terminar le dice el Padre: No hay duda mío: Usted hizo con verdadera fe los primeros viernes, y el Corazón de Jesús cumplió su promesa, como no podía menos. Por ello muchas gracias, y ahora vamos a ver si nos permite terminar la obra.

Con el mayor cuidado procuró el P. Bonine hacerse con los elementos indispensables, y en un sitio retirado, como Dios le dió a entender, celebró el Santo Sacrificio, llevó secretamente la comunión a Koni, y le asistió y animó hasta que, dentro de dos días, entregó pacíficamente su espíritu en manos del Creador.

Muriendo se aprende a vivir. Mas si esta lección puede aprovechar ya muy poco al que muere, en cambio puede enseñar mucho a los que ven morir.

Desde luego, enseña una cosa; y es, que en la hora de la muerte siempre es la incredulidad la que se arrepiente.

Este argumento vale por un libro de filosofía. —CLAVARANA.

Qué es ser masón

El que a la Iglesia no va por concurrir al casino, bebiendo aguardiente y vino y jugando al bacarrá; o en las tabernas se está con otros, noches y días, diciendo mil tonterías al hablar de religión, *ese, sin duda, es masón.*

El que, ingerto en adoquín, sin saber el alfabeto deletrea con respeto las sandeces del Motín, y creyéndose un Merlín sólo entiende su lenguaje semibarbaro y salvaje, sin la menor excepción, *ese, sin duda, es masón.*

El que trata a la mujer como si fuera una esclava, y de esa maldad se alaba contándolo con placer; y tenga o no que comer, encuentra sus alegrías en jaranas y en orgías

y es de su pueblo el baldón, *ese, sin duda, es masón.*

El que reniega del cura y aborrece de su ejemplo, porque sabe que en el templo todos los vicios censura; y por vivir con holgura contra las virtudes chilla, rabia, calumnía y mancilla, sin usar otra razón, *ese, sin duda, es masón.*

Otras muchas cualidades, privilegios y excepciones distinguen a los masones, entre mil calamidades; y el que niegue estas verdades o juzgue que me he engañado, o leyere con enfado esta cierta relación, *ese, sin duda, es masón.*

Gracia y salero

Viendo a un labrador que estaba sembrando una tierra, le dijeron dos jóvenes economistas:

—Usted siembra y nosotros nos comeremos el fruto.

—Verdad es—dijo el labrador—porque estoy sembrando cebada.

Aires de fuera

En Nueva York todos los años comulgan en corporación los carteros, bomberos y policías en distintos domingos de Cuaresma. Los policías que lo hicieron este año el domingo de Ramos fueron *seis mil quinientos*. Y lo mismo que en esta ciudad hacen en las demás de los Estados Unidos.

En París cumplieron con Pascua el año pasado corporativamente los alumnos de los distintos colegios y universidades, en número de *ciento treinta y dos mil*.

En Río Janeiro, capital del Brasil, tuvo lugar el año pasado una extraordinaria solemnidad.

La amplia nave del templo se veía repleta de profesores de Facultad, médicos, ingenieros, abogados y alumnos de escuelas Superiores, que iban a cumplir con el precepto eclesiástico de la confesión y comunión anual.

Y así podríamos decir de otros países,

Pero para nuestros «intelectuales» todos estos son unos retrógrados. El único progreso digno de imitarse es el de la fiera y selvática Moscú. ¿Por qué no se irán a vivir a aquel «paraiso»? Todos saldríamos ganando.

ECOS PARROQUIALES

Cultos.—Misas a las horas acostumbradas; pero téngase en cuenta que la de ONCE Y MEDIA SERA DESDE HOY A LAS ONCE EN PUNTO. El próximo domingo empiezan las Flores, en la misa de siete.

Catecismos.—Los domingos vendrán los niños a las diez y media y las niñas a las once; los jueves, todos a las tres y media.

Bautizada.—El día 18, Josefa Asunción Gallego López, nacida el 3 de éste, Postigo Bajo 3 y 5.

Dios la haga buena cristiana.

Casados.—El día 16, don José Hoyos Iglesias con doña Josefa Aramburu Viejo, ambos de ésta. El 18, don Rafael Suárez Naves, de San Isidoro, con doña Luisa Vega García, de ésta. También contrajo matrimonio en Cayés don Marcelino López Mier, de ésta, con doña Palmira Sastre Menéndez, de aquélla.

Enhorabuena y para servir a Dios.

Fallecidos.—El 25 del pasado, la niña de tres años Rosario de los Angeles Riestra Freije, Plaza del Marqués de Mohías 15 (no se dió cuenta antes por olvido involuntario). El 16 de éste, don Marcelino Iglesias García, de cuarenta y tres años, Plaza del Marqués de Mohías, 7.

D. E. P. y nuestro pésame a sus familias.

COMUNION A LOS ENFERMOS

Corresponde el domingo próximo llevar la comunión a los enfermos e impedidos de esta parroquia. Por tanto, sus familias avisarán antes del sábado: ya saben la obligación que tienen de ello, bajo pena de pecado mortal.

COLECTA

También corresponde el domingo próximo la colecta que se hace en las misas para el culto y clero.

DONATIVO

La piadosa niña de este Catecismo Mercedes Iglesias Sorribas, Postigo Bajo, 22, hizo y bordó una hermosa sabanilla, que regaló para Santa Rita, ofreciéndose también a lavarla y plancharla cuando sea necesario.

Dios se lo pague.

DE PRIMERA COMUNION

Las niñas que la hicieron este año fueron las siguientes:

Manolita López Miaja, Rosa Secades, Enedina Cimadevilla, Leticia Tejedor Alvarez, Esther Alvarez Villanueva, Amelia Lobón, Josefina Alvarez Bobes, Elvira Alvarez Garcia, Sara Martínez Cabeza, Aida Aguilera Alvarez, Lucila Meléndez de Arvalo, Carmina Barredo, Asunción, Pérez Marcelina Velasco, Mercedes González Guirado, María Luisa Alvarez Villanueva, Alicia Peláez, Angeles Samper, Angeles Rodríguez, Dionisia Ariznavarreta, Aurora Rodríguez, Rosario Fernández, Argentina Menéndez, María de la Fe Díaz González y Rogelia Alvarez.

Recitaron poesías: María Luisa A. Villanueva, María Fe Díaz, Mercedes G. Guirado, Angeles Samper, Elvira Alvarez Garcia, Sara Martínez Cabeza, Enedina Cimadevilla, Josefina Alvarez, Esther Alvarez e Isabelita Suárez García.

En el próximo número se pondrán los niños.